

un catecismo nacional y el impulso de las misiones apostólicas. Su apuesta por la continuidad de un orden jurídico de impronta religiosa, le lleva a sostener que la pervivencia del Santo Oficio es compatible con la Constitución de 1812 y la libertad de imprenta por ella proclamada.

El quinto y último capítulo presenta su designación como Patriarca de Indias y Cardenal gracias a Fernando VII, dignidad conferida por el Papa y unida a una serie de oficios eclesiástico como la Capellanía Mayor del monarca, la Vicaría General de los ejércitos. El 10 de febrero de 1820 fallece Francisco Antonio Cebrián y Valda, y con arreglo a sus disposiciones testamentarias, se le entierra en el convento de religiosas capuchinas en Madrid.

La publicación se cierra con una sección de apéndices, en la que resaltan las cartas pastorales de Cebrián como obispo de Orihuela que nos facilitan conocer la postura de parte de la Iglesia durante esta tumultuosa época.

Carlos Hugo Sánchez Raygada

Juan Fernando SELLÉS, *Riesgos actuales de la universidad: cómo librarse de ellos*. EUNSA, Ediciones Internacionales Universitarias, Pamplona, 2010, ISBN 9788484692874, 200p.

En este libro el profesor Sellés trata sobre la institución universitaria centrándose en los riesgos actuales con la finalidad de evitarlos o superarlos. Así se describen doce de ellos: la retórica sofística, el culturalismo, la democracia intelectual, la libertad sin verdad, el escepticismo, el emotivismo, el relativismo, la ética sin religión, la soberbia o suficiencia engreída, la rivalidad envidiosa, el fideísmo y la pereza mental. Tras su exposición y ejemplificación se ofrecen pautas para superarlos.

El primer riesgo que se señala es la retórica sofística. Entre sus causas se señala la crisis de la filosofía y del pensamiento actual, que lleva a centrarse más en las cuestiones de método sin enfrentar realmente los temas de fondo. Esa renuncia a la verdad nos ha llevado a quedarnos en las manifestaciones o actividades humanas, entre ellas al lenguaje. A lo cual el autor advierte que “si éste no se subordina como medio al fin último del ser humano, aparece la sofística”. En esa línea, si se abandona la vida teórica, se queda en una vida práctica desasistida, especialmente porque se olvida la pregunta por el origen y el sentido del sujeto, cuya realidad incluso se ve rechazada y hasta se declara inexistente. La manera de superar este riesgo

es, entonces, volver a la vida teórica en serio, partiendo de preguntarse acerca de la persona humana, su origen y destino.

El segundo riesgo es el culturalismo que parte de considerar que toda actividad humana es cultural, incluyendo el saber, la verdad, la vida, las realidades físicas, etc. Sin embargo, la verdad no es un producto cultural, ni la razón se reduce sólo a su parte práctica, sino que ésta depende de la teórica. De otra parte la afirmación culturalista se negaría a sí misma si ella también está sujeta a la cultura. El modo de evitar caer en el riesgo del culturalismo es relacionar jerárquicamente el saber y la cultura, diferenciándolos pero integrándolos y encauzando la acción humana para el perfeccionamiento ético y éste para la primacía de la persona .

Un tercer riesgo es la llamada “democracia intelectual” que considera que es válida cualquier afirmación, ya que se siguen distintos métodos y los pensadores pueden sostener cosas ‘distintas’ sobre un mismo tema. Frente a esto se les puede pedir a los diferentes autores que reparen en que la distinción entre métodos y tesis no es sólo de gustos, sino de niveles cognoscitivos, les guste o no. Por tanto sostener aquella tesis es –en cierto modo– un tanto contradictoria, ya que no acepta la tesis de que los campos del conocimiento son jerárquicos y que el conocimiento superior da cuenta del inferior.

El siguiente riesgo es el de la libertad sin verdad. El autor enumera algunos agentes que minan la verdad: el escepticismo, el indiferentismo, el fanatismo, el partidismo o favoritismo, el sectarismo, el nacionalismo, el integrista, el totalitarismo, el autoritarismo, el ecumenismo mal entendido, es decir, una especie de pluralismo que acepta la democracia intelectual, el materialismo (de derechas o izquierdas), el activismo, el laicismo, la intolerancia y el fatalismo, el subjetivismo, el tan manido cinismo, la falsa neutralidad, la ambigüedad o el conformismo, el abstencionismo, el sensacionalismo que aboca en el hedonismo, el sentimentalismo, incluso con ropajes pietistas, el infantilismo, etc. Al contrario, el verdadero universitario debe buscar y defender la verdad, aunque esto le suponga sacrificio.

El sexto riesgo es el del escepticismo. Teniendo en cuenta los diferentes escepticismos surgidos a lo largo de las distintas épocas, el autor advierte que el escepticismo no surge tras haber conocido una pluralidad de asuntos, sino de haberse empeñado en alcanzar un conocer absoluto de modo intuitivo y no haberlo logrado. El remedio para este riesgo como para cualquiera de los ismos anteriores, carentes de verdad, es la misma: estudiar centrándose en la realidad, tratando de progresar en su conocimiento pacientemente sin pretender obtener en “presente” toda la realidad.

El séptimo riesgo es el emotivismo. En este punto el autor explica los niveles de sentimientos desde los sensibles hasta los propios de la intimidad. Frente al emotivismo el autor sostiene que saberse no es sentirse

y que los sentimientos son consecuencia de los actos, que son los importantes para alcanzar la felicidad, que se encuentra especialmente en el crecimiento del acto de ser personal humano y en el de sus potencias superiores. En este sentido cabe una educación de los sentimientos, a través de la virtud y esclareciéndose el norte en el que se encuentra la verdadera felicidad.

El octavo riesgo es el relativismo. Tras hacer un examen de los diversos tipos de relativismo, el autor considera que el relativismo antropológico, metafísico y religioso son indicios de la acidia espiritual. De manera semejante el noveno riesgo que es la ética sin religión (relativismo ético), se supera con la audacia, con el atreverse a comprometerse incondicionalmente en la búsqueda, amor y difusión de la verdad. La ética no cabe sin antropología personal, pues la ética es manifestación de la persona humana, y que ambas, ética y antropología, están abiertas –natural y sobrenaturalmente– a Dios, hay que concluir que el relativismo ético es siempre fruto del relativismo antropológico y que ambos no caben sin el relativismo religioso.

El décimo riesgo es la suficiencia engréida, la cual suele unirse a la envidia que es anotado como el décimo primer riesgo. La soberbia parte de una desordenada aspiración a la propia excelencia, apoyándose no tanto en el ser personal y el conocimiento propio sino en el yo que es una “idea” que tenemos de nosotros mismos. La envidia, por su parte, consiste en la tristeza ante el bien ajeno considerado mal propio y es peligrosa porque deriva en el ataque a la persona que es objeto de la envidia. Para salir de una y de otra se precisa de la práctica de la humildad, y especialmente de la apertura trascendente de la persona humana.

Finalmente el autor trata del fideísmo que es el intento de buscar certeza sólo en la fe sobrenatural en esos temas en que la razón humana es solvente para descubrir verdades muy relevantes para la existencia humana. Igual que los anteriores, el fideísmo se puede evitar atreviéndose a estudiar en serio los temas trascendentales del origen y destino humanos, abriéndose a las realidades sobrenaturales.

Genara Castillo